

CARA Y CRUZ DE ALBERTO LISTA

por AQUILINO DUQUE GIMENO

A la caída del muro de Berlín echaba Occidente las campanas al vuelo, proclamaba su triunfo en la Guerra Fría y decretaba el fin de la Historia. Nada de lo acaecido en el mundo desde entonces confirma la defunción de la Historia, esa divinidad terrible que exige sacrificios humanos, y el fin de la Guerra Fría no fue más que el fin de uno de sus episodios y la defunción de una utopía. Los que tenemos en la Historia una visión cíclica sabemos muy bien que hablar del fin de la Utopía es tan disparatado como hablar del fin de la Historia. La Historia y la Utopía se necesitan mutuamente y mientras exista la una existirá la otra. Aún es pronto para saber qué utopías surgirán en el siglo futuro, pero de momento lo único que podemos hacer es reflexionar sobre la utopía quebrantada en el muro de Berlín justamente a los dos siglos de su nacimiento. Esa utopía es lo que con un cronocentrismo abusivo hemos dado en llamar Modernidad. La Modernidad es el nombre que, con más sentido de la realidad y más fantasía poética, nuestros antepasados denominaron el Siglo de las Luces. El Siglo de las Luces o la Ilustración fue el nombre que de niña tuvo la Modernidad, y la Revolución Francesa fue el comienzo de la tragedia de enredo que llamamos Historia contemporánea.

Con la Revolución Francesa hizo crisis la Ilustración y se inauguró definitivamente la era de los valores. Hasta entonces el hombre se había regido por dogmas y creencias y tenía un concepto cíclico de la Historia; a partir de entonces la Historia se hizo lineal y los dogmas y las creencias fueron sustituidos por los valores y las ideologías, y la ciencia política vino a dar en la busca de la ideología que mejor lle-

vase a la práctica los valores. Todo el siglo XIX y gran parte del XX es una pugna entre el despotismo ilustrado y el liberalismo democrático. Ya sé que no se agota en esa pugna el espectro de las ideologías, pero es justamente en ella donde hay que situar a don Alberto Lista. Nada hay tan parecido como el orto y el ocaso, y los que vemos a poniente las mismas luces que Lista veía por levante no tenemos más remedio que considerarnos sus contemporáneos. Quitando una parte de su poesía, puede decirse que no hay una línea de Lista que haya envejecido y conste que no sólo me voy a referir a su pensamiento político, sino a sus ideas estéticas. El refrán de que del fraile sigue el consejo pero no el ejemplo es por otra parte aplicable a Lista; gran poeta en su época, no es tenido por tal en la nuestra, y su carrera política fue bastante sinuosa, cosa que bien mirado nunca fue una extravagancia. Aun dentro de esa sinuosidad, Lista dio como periodista una nota altísima y aún hoy se le lee con placer; sin embargo, fue como pedagogo, como maestro como dejó Lista una huella más duradera. La enseñanza fue el norte de aquel hombre que tantas veces perdió su brújula, como fue su puerto de amparo en los temporales históricos que hubo de capear.

Don Alberto Rodríguez de Lista y Aragón nació en Sevilla en 1775 de familia de artesanos, ocupada en el arte de la seda. Vista su disposición para el estudio se le orientó hacia la carrera eclesiástica. Por fortuna para él, sus estudios dieron comienzo en una Sevilla en la que estaba reciente la reforma universitaria de Olavide, y eso le permitió a Alberto asistir a la Real Sociedad Económica de Amigos del País, que ocupaba el vacío dejado por los jesuitas expulsos. En la Economía le enseñó matemáticas el benemérito francés Pierre Henry, que profesaba allí desde 1780.

De esas enseñanzas debió Lista de sacar bastante provecho, pues ya a los trece años ayudaba a su madre y a su hermana dando clase como interino de cátedra en la propia Sociedad Económica y posteriormente, en 1796, en el Seminario de Nobles creado en 1791 en el Colegio de Náutica de San Telmo, sin perjuicio de explicar además lecciones de filosofía en el Colegio de San Miguel, del Cabildo catedral. También las clases de matemáticas le servirían para ganarse el sustento durante su exilio en el sur de Francia. El almonteño don Antonio Martín-Villa, rector que fue de la Universidad Hispalense, sugiere que de haber tenido medios económicos o de haber habido en Sevilla posibilidades, Lista pudo muy bien haberse especializado en matemáticas. Con todo, las matemáticas y la física eran las grandes

novedades docentes de la Ilustración, y en este punto prefiero dejar la palabra al profesor Hans Juretschke que en 1951 hizo sobre Lista un libro definitivo:

La introducción de la física y las matemáticas en la enseñanza, el estudio de los sistemas de Descartes y Leibnitz, la lectura de Bacon, Newton, Wolf, Locke y Condillac, que hasta entonces no habían entrado en la universidad española, hubo de dejar honda impronta en los jóvenes andaluces. La gran mayoría, incluso los teólogos, estudiaban estas nuevas ciencias, que entonces poseían la atracción de lo moderno, con un entusiasmo extraordinario, hoy no fácil de percibir, pero auténtico, también en Lista, y que informa su visión de la vida y de la naturaleza, de las ciencias y las artes. En este clima, abierto a todas las corrientes de la Europa ilustrada y, en general, como es sabido, muy crítico para con la tradición e historia de España, mas, por otra parte, muy propicio también para estudios sosegados y para un florecimiento de las letras, se va formando Alberto Lista. Sobre él influyen los hombres más sobresalientes de la generación anterior: Jovellanos, Meléndez Valdés y Forner.

Esos tres nombres son casualmente emblemas de la pugna de lo viejo con lo nuevo, de los dogmas con las luces, de la tradición con el «filosofismo». Magistrados los tres, abiertos no sólo a las ideas nuevas, sino a otras disciplinas, cultivan con esmero y aplicación las bellas letras y en diversos grados y con diversa oportunidad abogan por la modernización de España. Forner que lo mismo defiende a España frente al desdén enciclopedista en su *Oración apologética* que discurre una revisión de la enseñanza de la Historia; Meléndez, helenizante y anacrónico, neoclásico y romántico; Jovellanos, a quien las Luces deslumbran, pero no hasta el punto de entusiasmarse con la Revolución, son hombres que se debaten entre una España que se aferra ciegamente a su largo crepúsculo imperial y otra España que pugna no menos ciegamente por hacer suyos los ideales del porvenir. Forner fue maestro de Lista y los otros dos fueron además sus amigos, y no ha de extrañarnos el comportamiento de Lista con estos tres modelos morales, pues uno, Forner, fue protegido del Príncipe de la Paz; otro, Meléndez, llegó a ser Ministro de Instrucción Pública de José Bonaparte; Jovellanos, por fin, perseguido y encarcelado por Godoy, tomaría contra todas las previsiones partido por la España tradicional

y popular frente al relumbrón de las Luces que el invasor nos traía en la punta de sus bayonetas.

A Forner le ahorró la muerte la elección, pues había fallecido en 1797. Lista, en unión de Reinoso, Miñano, Hermosilla, Mármol y tantos otros que no tenían madera de héroes, siguió el ejemplo de Meléndez Valdés y se quedó en la Sevilla josefina en vez de refugiarse en el Cádiz de las Cortes; fue antes «filósofo» que patriota.

Uno de los paradójicos efectos de la invasión francesa fue el de arrebatar el monopolio del patriotismo a los inventores de ese concepto. Como bien explica el marqués de Tamarón en su apasionante libro *El siglo XX y otras calamidades*, la palabra «patriota», que tantas veces ha cambiado de bando, nació con la Revolución Francesa en 1789. Ser «patriota» era en la Europa de fines del XVIII ser liberal, demócrata y republicano, como lo era en los recién nacidos Estados Unidos de América, y venía a significar en la plaza pública algo parecido y bastante menos alambicado de lo que la palabra «filósofo» significaba en los salones. La invasión francesa, repito, despojó al término de todas sus connotaciones partidistas y «patriotas» fueron tanto los que defendían el Altar y el Trono como los que clamaban por una Constitución a la moda de París. El alzamiento nacional contra el invasor era lo único que contaba, y a partir de él ya no se dividían los españoles en «patriotas» y «reaccionarios», sino en «patriotas» y «afrancesados». Si un Jovellanos sacrificó al patriotismo lo mucho o lo poco que tuviera de «filósofo», un Meléndez y a su ejemplo los jóvenes clérigos sevillanos, optarían por afrancesarse para no sacrificar su «filosofismo».

Ya habrá ocasión de volver sobre tema tan sugestivo que nos hace adelantarnos a los acontecimientos. Si el Siglo de las Luces es el siglo de las revoluciones, también lo es de las academias. Las academias era el nombre que se daba entonces a las tertulias literarias, del mismo modo que se llamó ateneos a los centros de estudios superiores. Al nacer Lista, ya existían en Sevilla dos Reales Academias: la de Medicina y la de Buenas Letras, lo cual no fue óbice para que en 1788 fundaran don Manuel María de Arjona y don Justino Matute, académico éste de la de Medicina, una Academia Horaciana, de la que Forner, destinado en Sevilla, llegó a ser presidente. Esa Academia tuvo corta vida, hasta 1792. Al año siguiente fundaban otros dos clérigos, Reinoso y Roldán, una nueva academia, la Academia Particular de Letras Humanas, que en su vida también breve —se disolvió en 1801— desarrolló una intensa actividad en la que se pasó gradualmente de la

especulación teológica y el empleo del latín al interés por las humanidades y la lectura de textos franceses, italianos e ingleses. En esta Academia ya intervino Alberto Lista de modo destacado con Roldán, Reinoso, Matute, los hermanos Arjona, Castro, Sotelo, Blanco y Vacquer, aquel gaditano intrigante que tanto maltrata Blanco en su *Autobiografía* y que se ocupó de editar una antología de versos de Forner, mentor de la Academia. De esa Academia llegaría Lista a escribir «que vino a ser en pocos años la verdadera escuela sevillana de humanidades». Al morir Forner a poco de su traslado a Madrid, pasó a ser el mentor de la Academia don Manuel María de Arjona, cuatro años mayor que Lista y padre espiritual de Blanco.

Arjona y Blanco habían recibido influencias heterodoxas de corte jansenista y no ocultaban sus críticas a la Curia romana. Ya Forner, como el mismo Jovellanos, se picaba de regalista y propugnaba una Iglesia nacional independiente de Roma. En toda época hay ideas en el aire en las que más o menos participan los dados a pensar, y esas ideas eran en su mayoría francesas y fue la Revolución lo que las puso al rojo vivo. Por los años de la Revolución organizó Arjona cerca de Osuna otra academia, la Academia Silé, que llegó a infundir sospechas de logia masónica o club jacobino. El caso es que esta promoción más joven sintió por la Revolución Francesa un entusiasmo que jamás sintió la promoción de los Ilustrados, con Jovellanos a la cabeza. Este reaccionó con una contundencia parecida a la de Burke en Inglaterra y llegó a decir que la democracia es «cosa que no sólo todo buen español, sino todo hombre de bien, debe mirar con horror».

Extinguida la Academia de Letras Humanas, Lista no tardó en ingresar en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras con un discurso, aparentemente perdido, sobre *La moral del drama*. Al mismo tiempo, a punto de consagrarse sacerdote, explica cursos en la Sociedad Patriótica, como llamaban entonces a la Económica de Amigos del País, y colabora asiduamente en *El correo literario y económico de Sevilla*, fundado por Matute en 1803. El plan de estudios de la Económica difiere del de la Universidad en su mayor hincapié en las humanidades y en la atención prestada a las matemáticas y al francés y el tenor de las conferencias de Lista es harto elocuente: *Los males de la ignorancia y los grandes bienes que las ciencias útiles han producido a todas las naciones cultas* o bien *Acerca del influjo de los conocimientos matemáticos en los progresos del saber*. También lee poemas de asunto más bien prosaico y pedante: *La gloria de los hombres benéficos* y *La felicidad pública*. Sin embargo, los acontecimientos

mundiales sólo merecen los desdenes de su musa, más atenta a la naturaleza que a la historia. A las ideas abstractas y los tópicos del siglo hacen contrapeso las efusiones amorosas y los idilios bucólicos. En él está Horacio y está Meléndez Valdés, pero también está el Petrarca, a quien traduce, como traduce al Bondi o al Metastasio. Los nombres de pluma son asimismo expresivos: «El pescador de Anfriso» o «Licio», apodo éste con el que más tarde firmaría muchas de sus cartas. En este ambiente de estudios nobles, en este idilio con la naturaleza hace la Historia su irrupción. Nadie en Sevilla se opone al alzamiento nacional contra los franceses y menos que nadie Lista y sus amigos. Redacta proclamas de la Junta Provincial y canta la victoria de Bailén. Se suspende *El correo de Sevilla* y, en unión de Matute, crea Lista la *Gaceta ministerial de Sevilla*, órgano de la Junta Provincial, pronto sustituida por la *Gaceta de la Junta Suprema Central* o *Gaceta del Gobierno*, cuyo primer director es el filólogo don Antonio de Capmany y a la que se incorporan Lista y Matute. Reaparece por poco tiempo el *Semanario patriótico*, publicación que en Madrid había tenido apenas dos meses de vida y que en Sevilla Lista y Blanco se encargan de radicalizar. Hundido este periódico, sale *El espectador sevillano*, cuyo factótum es Lista, ansioso de manifestar su devoción por Montesquieu y su admiración por el sistema político de los flamantes Estados Unidos de América. Detrás de estas aventuras periódicas está Jovellanos, no muy conforme con ciertas indiscreciones de su equipo, como escribe a lord Holland. Con todo, al morir el conde de Floridablanca, Jovellanos no duda en encomendar su Elogio fúnebre al cantor de Bailén y recensor de un libro de lord Holland y en él Lista se desfoga contra Godoy, causa de los males de Jovellanos; se muestra como éste regalista; censura la colonización de América; y encierra la era de los Austrias en la fórmula de los «doscientos años de tiranía». En el fondo late una admiración desafortunada por la Revolución Francesa. También interviene Lista en diversas comisiones políticas, entre las que procede destacar la de instrucción pública, presidida por Jovellanos, cuyo plan de reforma, por su concepto minoritario de la cultura y por su énfasis en el latín y las humanidades clásicas, difería del proyecto de reforma educativa de Quintana, que fue el que prevaleció.

La batalla de Ocaña hizo mudar las tornas de la guerra y la Junta y los patriotas tomaron el camino de Cádiz. Con ellos fueron Quintana y Blanco, patriota acérrimo el uno y desertor y renegado el otro, que no perdió tiempo en embarcar para Inglaterra para predicar desde allá

la emancipación de las colonias americanas. Lástima que aún no hubiera nacido Freud, porque el caso de Blanco es psicoanalizable. Sí que hubiera podido ponerse en las manos de un frenólogo, que con seguridad habría encontrado en él muy desarrollado también el célebre «órgano de la veneración» por todo lo inglés. En las manos de quien cayó fue en las de un satirista anónimo que en una *Ode valedictory (Blanco White to the Mother Church)* lo puso literalmente como chupa de dómine. Lista, Reinoso, Mármol, Arjona, creen en cambio que la resistencia es un disparate y se echan en brazos del invasor.

El caso de Lista es particularmente grave. No le basta con permanecer en la ciudad ocupada, sino que se apresura a ofrecer sus servicios al mariscal Soult, el gran depredador, al que lleva un plan de reformas; traduce y estrena *Le malade imaginaire* de Molière y despliega gran actividad como propagandista político en la recién fundada *Gaceta de Sevilla*, desde cuyas páginas se desaconseja la lucha por inútil y pernicioso, se califica la resistencia al francés de obra de ambiciosos, tontos y criminales y se recuerda que la misión de todo sacerdote es predicar la paz. A qué extremos llegaría que el propio Blanco White escribiría desde Londres, con Lista ya en el exilio: «¡Pobre Lista! En la hora desgraciada lo detuvo el amor de su familia; ahora habrá tenido que abandonarla mil veces peor que si lo hubiese hecho al principio». La verdad es que Lista no se paró en barras; a uno de los extremos que llegó fue a ingresar en una logia masónica para la que escribió odas tituladas *La beneficencia, El triunfo de la tolerancia, La bondad es natural en el hombre*. Juretschke dice que se trataba de poesías «políticamente anticristianas y heterodoxas en la moral». Nosotros diríamos hoy que esas poesías son el colmo de la modernidad.

El exilio era, pues, lo menos que Lista se merecía y el recurso más prudente a su alcance. De Sevilla pasó a Zaragoza, donde en una logia masónica «presentó una pieza de arquitectura», lo que puesto en cristiano significa que dio lectura a una composición poética. Por fin pasó el Pirineo y se vio en la dulce Francia que de entrada le supo a acibar. Ya se sabe cómo la patria de los derechos del hombre y el ciudadano suele acoger a los refugiados españoles, sobre todo si llegan en «manadas numerosísimas».

Lista fue, como todos, al «depósito de refugiados» de Tolosa de Francia, y allá fundó una academia con lo que logró mantenerse y ayudar a los que pasaban necesidad. De Tolosa pasó a Auch, donde le

salieron unas clases y no parece que interviniera en intrigas políticas, aunque se le denunció por supuestas relaciones con Espoz y Mina. En aquella Francia de la Restauración borbónica no halló Lista rastro del espíritu revolucionario que tanto admiró de lejos, y expresó su desengaño en versos como los del soneto *Los franceses de 1814* y en cartas en que confiesa su error en creer que la Revolución «había dado a esta nación un carácter». En Tolosa se confesó de haber sido masón y fue absuelto por el arzobispo y un penitenciario pontificio. Sus inquietudes pedagógicas y políticas las desahogaba por carta con Reinoso: «...enseña y da luces –le escribía– Forma esa juventud ya que la que formamos nuestro Albino y yo se ha malogrado». Tuvo ocasión de visitar a Meléndez Valdés a quien debió de conocer en Sevilla cuando éste acompañó, como ministro de jornada como hoy se diría, al rey José en la Semana Santa de 1810. El «Tíbulo español», como Lista lo llamaría en su elegía, falleció en Montpellier el mismo año de 1817 en que Lista pudo regresar a la patria.

En Pamplona da clases particulares a los hijos de un prócer y revalida con el prior de la Catedral la absolución tolosana. Escribe poesía de tarde en tarde y aunque reconoce haber perdido la «lozanía agreste» de la juventud no por ello renuncia a sus «bagatelas amorosas», que son esas poesías de ocasión entre las que destaca su *Oda al sueño*, muy festejada por Quintana en la tertulia del marqués de Vesolla, protector de Lista, a la que el poeta de la imprenta y la vacuna por lo visto concurría a pesar de hallarse confinado en la ciudadela. Quintana estaba en Pamplona por razones políticas distintas de las de Lista. Patriota en el sentido primitivo, partidario sin fisuras de la Revolución Francesa, sufría las consecuencias de la reacción anti-constitucional del Rey Deseado. Lista fue a parar a Francia por «filósofo» y ahora que se repatriaba con cautela, encontraba de nuevo a su amigo el «patriota». Las cosas que unían al «patriota» y al «filósofo» eran más importantes que las que los separaban. De aquél dijo éste: «He aquí los frutos de las revoluciones: víctimas y más víctimas». Quintana sigue siendo para Lista un utópico de 1790; Lista para Quintana un afrancesado.

Precisamente por afrancesado no consigue que la Diputación foral lo haga catedrático, pero oposita a una cátedra de Matemáticas en el Consulado de Bilbao y la gana gracias a que Sotelo, amigo suyo y de Reinoso desde los días sevillanos de la Academia de Letras Humanas y afrancesado como ellos, es asesor del Tribunal de Comercio. «He vivido en Vizcaya más de año y medio, y en todo ese tiempo no se

cometió en todo el señorío un solo delito que mereciese pena afflictiva...», llega a escribir. *O tempora, O mores!* Gracias a sus clases particulares se relaciona como en Pamplona con las mejores familias, tradicionalistas también, y en unión de Calleja, otro cura afrancesado, funda el Colegio de Santiago, donde ejerce de regente de estudios. Le va muy bien en Bilbao en todos los órdenes, pero deja Bilbao por Madrid así que tiene noticia del pronunciamiento de Riego en Las Cabezas de San Juan.

Los liberales en el Poder no abrieron los brazos a los afrancesados; se limitaban a tolerarlos. Su condición de afrancesado hizo que Lista se viera postergado y «excluido de la interinidad de la clase de Humanidades...», en los Estudios de San Isidro, prestigioso instituto creado a raíz de la expulsión de los jesuitas. Lista tiene, pues, que pensar en repetir la fórmula bilbaína del Colegio de Santiago, y con la colaboración una vez más de Calleja y además de Hermosilla funda el Colegio de San Diego. Su plan de estudios se aproxima al plan de reforma presentado por Quintana en la importancia concedida al estudio de las ciencias, si bien él no deja de insistir en las humanidades. Anuncia que quiere convertir a los alumnos en ciudadanos y entre las asignaturas establece la enseñanza de la Constitución. No se descuida por eso la enseñanza religiosa ni la literaria y, al margen de las clases, se crea la Academia del Mirto para encauzar las inquietudes de alumnos que se llamaban Roca de Togores, Ferrer del Río, Eugenio de Ochoa, Patricio de la Escosura, José de Espronceda, Ventura de la Vega, Juan de la Pezuela (el futuro traductor de *Os Lusíadas*), Usoz del Río, Agustín Durán, eslabón importante éste en la cadena que lleva el magisterio de Lista hasta los hermanos Machado.

El desastroso fin del trienio constitucional da al traste con el Colegio de San Mateo, pero antes de pasar adelante hay que hacer referencia forzosa a la actividad periodística de estos afrancesados, manifiesta en tres periódicos: *Miscelánea del Comercio*, *Política y Literatura*, *El Censor* y *El Imparcial*. De *El Censor* dice Menéndez Pelayo que lo «redactaban Hermosilla, Miñano y Lista, con poca originalidad en la parte política, traduciendo muchas veces, sin decirlo, a publicistas franceses de la escuela doctrinaria, y aun de otras más radicales, como Comte, Dunoyer, Say y el mismo St. Simon». Partidarios de la monarquía constitucional, tienen la doble enemiga de los serviles a su derecha y los liberales a su izquierda. La hostilidad clerical de *El Restaurador* fuerza la clausura del Colegio de San Mateo y por la izquierda han de sufrir ataques polémicos de plumíferos tales como

José Joaquín de Mora, el de la polémica calderoniana con Böhl de Faber, o de Bartolomé José Gallardo, «hombre sin moral», como Lista le llama, o de Manuel José Quintana, que hace de ellos una etopeya bastante negativa en una carta a lord Holland. En aquel trienio tan confuso, los afrancesados se ven entre dos fuegos, pero las ideas que exponen no son nuevas. Las mismas o parecidas son, como señala Juretschke, las de Jovellanos en su correspondencia con lord Holland, el oráculo con el que todos se confiesan. Ya en carta a Reinoso desde Francia, comenta Lista: «...has de saber que el espíritu maligno de la democracia hace aquí tantos estragos como hizo en España bajo las Cortes. Los liberales no saben más que delirar». Al mismo correspondiente le escribe después desde Madrid: «Riego me inspira interés y no quisiera, por cuanto hay en el mundo, que se asociase con liberales exaltados o ambiciosos, de cuyas astucias sería él mismo el primer juguete». En otra ocasión le escribe: «Galiano y Manzanares han callado ahora porque ya tienen destinos; pero hay otra multitud de desacomodados que desean que se les calle de la misma manera. La democracia tiene muchos brazos y muchas bocas». Los afrancesados no sólo se someten a la reacción absolutista, sino que la sirven en actividades de prensa y propaganda. Es la época de *La Gaceta de Bayona*, uno de cuyos fines es –Lista lo consigna por escrito– «proclamar los principios monárquicos y antirrevolucionarios y extirpar, en cuanto le sea dado, las semillas del liberalismo democrático y republicano». La revolución de Julio de 1830 pone fin a *La Gaceta de Bayona* y obliga a Lista a sacar *La Estafeta de San Sebastián*. El ministro que estaba detrás de estas empresas era López Ballesteros, que logró atraerse a los afrancesados, y por cuenta de él debió de hacer aquel viaje a Inglaterra en el que tuvo ocasión de avistarse con su entrañable Blanco White. El juicio moral que hace sobre su amigo y, de paso, sobre Reinoso y sobre él mismo, es realmente curioso:

Reinoso sólo era sensible a la verdad y a la virtud. Blanco lo era a todo. Su fibra irritable y débil producía movimientos tumultuosos en su alma. El pobre buscaba la razón que disculpase estos tumultos y, por desgracia, la encontraba en la fantasía más rica que ha existido. Reinoso no conoció nunca esos pronunciamientos contra la potencia intelectual. Yo he sido siempre un medio entre los dos. No siempre he reprimido mis afectos como Reinoso, pero nunca les he concedido la razón como Blanco. He tenido menos fuerza que el primero y menos conciencia que el se-

gundo. Reinoso era incapaz de hacer una cosa mala en sí; Blanco, una cosa que él creyese mala. Yo he sido más hombre que los dos, tomando esta voz *in malam partem*. Reinoso era el más perfecto de los tres; Blanco, el más amable; yo, el más enérgico.

Tampoco deja de ser elocuente el título de una de las muchas poesías que le dedica a Blanco: *A Albino: la felicidad consiste en la moderación de los deseos*.

La suerte quiso que en la nueva situación fuera Presidente del Gobierno y Ministro de Estado Cea Bermúdez, amigo de Sebastián Miñano, el cual no perdió tiempo en recomendarle a sus amigos Reinoso y Lista. Cea fue a Bayona a ofrecerle a Lista el cargo de director de la *Gaceta de Madrid*. La *Gaceta* no se limitaba entonces a publicar documentos oficiales sino que además era un órgano oficioso de opinión del Gobierno (algo así como el *Boletín Oficial* y *El País* en una pieza). No se agota ahí la actividad periodística de Lista, que también escribe en *La Estrella*, más afín aún a Cea y desde cuyas páginas combate al carlismo, que empieza a agitarse con la derogación de la ley sálica. La muerte de Fernando no lo aparta de los aledaños del Poder y en 1836 lo vemos al servicio de Mendizábal, el otro gran depredador. Nada de extraño tiene que prestara su colaboración a este devastador del patrimonio artístico de la Iglesia quien no había tenido inconveniente en prestársela al duque de Dalmacia a quien por cierto aconsejaba que no se molestara en los tiempos de la *Gaceta de Bayona*, pues Soult era a la sazón fiel ministro de Luis XVIII y, como es norma en tales casos, enemigo póstumo y víctima retroactiva del «régimen anterior». Esta colaboración con Mendizábal fue la última pirueta política de Lista, que el 37 dejó la dirección de la *Gaceta* y el 38 dijo adiós a Madrid y se fue a Cádiz. Nadie mejor que don Marcelino resume las peripecias de Lista y sus amigos en aquellos años:

Amnistiados el año 20, formaron una especie de partido *moderado* y de equilibrio dentro de aquella situación, a cuya caída contribuyeron en viéndola perdida. En tiempo del rey absoluto fueron grandes partidarios del *despotismo ilustrado*, y durante la regencia de Cristina, constitucionales tibios. Lista y Reinoso, Miñano, Hermosilla, Burgos, son los padres y progenitores del *moderantismo político*, cuyos precedentes han de buscarse en *El Censor* y en la *Gaceta de Bayona*. Lista educó en política y en literatura a lo más granado de la generación que nos precedió.

Punto y aparte merece la labor docente de Lista, que en Madrid no se limitó al Colegio de San Mateo y a la Academia del Mirto, sino que se extendió a la Universidad de Alcalá, en cuyo traslado a Madrid dentro del plan de reformas de Quintana Lista tuvo arte y parte; al Ateneo, donde alternó como conferenciante con Alcalá Galiano, Joaquín Francisco Pacheco, Pascual de Gayangos y Donoso Cortés, entre otros. Ingresó en la Real Academia de la Lengua en agosto de 1833 y colaboró como supernumerario con la de la Historia, de la que también sería numerario quince años después.

Una razón de peso para dejar Madrid fue su cesantía en la Universidad, dispuesta por el ministerio Ofalia. No dudó Lista en acudir a Cádiz donde en unión de otro sacerdote latinista, el P. Jorge Díez, fundó el Colegio de San Felipe Neri. Esta institución, reproducción del colegio bilbaíno de Santiago y del madrileño de San Mateo, tuvo un plan de estudios muy parecido salvo que, en atención a los tiempos que corrían o por maduración de criterios pedagógicos, se prestaba mayor interés a la formación religiosa que a la formación política, y eso que el colegio ocupaba el convento en cuya iglesia se habían reunido las Cortes del año 12. Desde Cádiz iba con frecuencia a Sevilla, donde fue nombrado director de la Real Academia de Buenas Letras, y su primera intervención fue en la sesión necrológica dedicada a don Manuel María del Mármol. Nada nos define mejor que lo que decimos de otro, y eso es lo que Lista hizo al recordar que Mármol fue el primero «que sustituyó en la enseñanza de la lógica y la metafísica las ideas a las voces, la análisis profunda a la nomenclatura estéril de los peripatéticos... el primero que dio a conocer... los principios luminosos de Condillac...». «¿Quién impuso... a sus alumnos de filosofía el estudio de las matemáticas...?». Mármol nos dejó «un ejemplo de que pueden desearse y hacerse reformas en los estudios, sin destruir las creencias, sin desmoralizar la sociedad. Mármol era cristiano... sin superstición ni fanatismo, así como filósofo sin orgullo ni incredulidad».

Todo cuanto Lista dijo de Mármol, insisto, era aplicable al propio Lista, y eso pudo verse tres años después cuando, trasladado definitivamente de Cádiz a Sevilla, fundó en esta ciudad el Colegio de San Diego. En esta empresa, en la que tuvo colaboradores como Rodríguez Zapata, catedrático de Retórica y Poética de la Universidad, y alumnos como Gustavo Adolfo Bécquer, puso en práctica unas ideas docentes muy claras, recogidas en el discurso que leyó al concluir con exámenes públicos el curso en junio de 1845. «Es evidente —decía don

Alberto— que la educación moral es de un orden superior a la intelectual; porque ésta puede formar sabios: pero aquélla forma *hombres*: mas también es evidente que la buena educación intelectual... afirma y robustece la buena moral... No me sería difícil demostrar... los inconvenientes que resultan siempre que se rompe el equilibrio entre la civilización moral y la intelectual de las naciones. En la falta de este equilibrio han tenido su origen las diatribas absurdas de Rousseau contra las ciencias, y las no menos absurdas del filosofismo del siglo XVIII contra las creencias... Los principios morales que hemos adoptado para la dirección de la juventud, están fundados en la única base sólida y verdadera que pueden tener, a saber, la religión cristiana, porque sólo el cristianismo civilizó el mundo: porque sólo el cristianismo tiene por objeto, entre todas las creencias, la perfección de la inteligencia humana». Llama a la disciplina «el alma de los establecimientos de educación» y dice que será «no severa ni rígida, pero exacta». Aclara que el colegio no es un convento y que las prácticas religiosas que en él se ejercitan y recomiendan son las «propias de un caballero y de un filósofo cristiano que ha de vivir en el siglo:» (Esta terminología se la volverían a oír los españoles un siglo más tarde a otro gran educador: don Manuel García Morente). La Historia de España había que estudiarla como parte de la Historia universal, único modo de saber el lugar que una nación ocupa entre las demás. El aprendizaje del latín era primordial, pero no excluía el de otras lenguas vivas como el italiano. Algo que Lista no le perdonaba a Feijóo era que el benedictino aconsejara sustituir el estudio del latín por el del francés.

En sus últimos años sevillanos Lista fue nombrado canónigo y se creó para él una cátedra de Matemáticas en la Universidad. Su prestigio era inmenso y se le tenía, con razón, como uno de los primeros poetas de España, si no el primero.

Dice Juretschke que el texto de su discurso de ingreso en Buenas Letras se perdió. No estoy de acuerdo. En los *Ensayos literarios y críticos* que en 1844 le prologó por cierto su antiguo adversario político José Joaquín de Mora, incluye Lista tres artículos bajo el título de *La moral dramática* en los que, después de pasar revista a la idea de D'Alembert del teatro como escuela de costumbres y de Rousseau como corruptor de costumbres, se remonta a Horacio para decir que el teatro ha de producir placer y mezclar lo útil con lo agradable y evoca al Aristóteles que atribuye a la tragedia el efecto moral de purificar las pasiones del terror y la compasión. La tragedia griega, se-

gún él, predicaba el odio a la monarquía y el dogma del fatalismo, y la comedia por su parte «tomó un carácter más que democrático» pues «Aristófanes y sus imitadores, poseedores del talento de la sátira la emplearon de la manera más agradable a aquel pueblo soberano; porque si a los reyes se les lisonjea con sus propios elogios, el modo más seguro de agradar a las democracias es degradar a los hombres que sobresalen». El discurso leído por él al ingresar como supernumerario en la Academia de la Historia versó sobre la importancia de nuestra historia literaria, cuyo estudio era necesario «para evitar que se repita el escándalo que produjo en el siglo pasado el célebre artículo *España* de la Enciclopedia, cuyo autor se cubrió de toda la ignominia que quiso derramar sobre nuestra nación. Es forzoso –seguía diciendo– borrar la triste mancha que desde el siglo de Luis XIV echó Boileau sobre nuestra literatura dramática, sin entenderla ni tener las luces suficientes para apreciarla. Es fuerza desengañar a Europa de que es falso el epigrama de que sólo tenemos un buen libro, que es el que enseña a despreciar a los demás»....

Es imposible, en esta torpe síntesis, dar una idea del caudal de ideas estéticas y literarias de Lista. Latinista y matemático, tiene un oído finísimo para la palabra exacta y el acento justo. Hace suyo el lema de Quintiliano *Judicium aurum superbum* y por eso encuentra tosco el Poema del Cid y monótono a Berceo y aun más al Arcipreste de Hita, en cuyo tetraestrofo monorrímo señala la diferencia entre lenguaje natural y lenguaje rústico lo cual no le impidió «llenar sus poesías satíricas de intenciones poéticas, como puede verse en su discurso de las *propiedades de las mujeres chicas...*». De Góngora admira el lenguaje y detesta el estilo y a Fray Luis lo pone por los cuernos de la luna, en la teoría y en la práctica, como puede verse en su *Oda a la Ascensión del Señor*. También ensalza a Herrera y a Rioja, prueba de ello es que señala su influencia en su admirado y querido Juan Meléndez Valdés. Hay mucho Herrera en su magnífica y vibrante oda *A la victoria de Bailén* y en el prólogo a su *Poesías* confiesa: «he pugnado por reunir en la versificación muy variada en cuanto a los metros, la valentía y fluidez de mi maestro Rioja, con el edificio admirable y generalmente poco estudiado de los versos de Calderón». De Feijóo reconoce que «pugnó contra los errores supersticiosos» y que la nación le «debería erigir una estatua, teniendo cuidado de quemar sus obras al pie de ella». Y es que a su suplantación del latín por el francés atribuye Lista «la malhadada división de la literatura en clásica y romántica». En cuanto al romanticismo histórico, que acepta

con entusiasmo, y al romanticismo liberal, que rechaza, habría aún mucho que decir, así como de su traducción de la *Historia Universal* de Ségur o de su interesantísima necrología de Napoleón Bonaparte. Casi un siglo antes de que se hablara de «enumeración caótica», describe así don Alberto las dos calidades características de la oda: la osadía y el desvarío. «La osadía consiste en el giro y armonía rápida de la frase, en la novedad y originalidad de las invenciones, en las metáforas atrevidas, en el uso de voces e imágenes desusadas. El desvarío consiste en el desorden aparente de las ideas, es decir, en presentar las ideas, no según el orden natural y didáctico que ocurrirían a un alma que estuviese tranquila, sino según el grado de interés o de pasión que excitan en el poeta y en omitir todas las ideas y frases intermedias que retardarían el movimiento impetuoso de la pasión». Don Alberto Lista es de esos hombres de los que cuanto más se dice, más queda por decir y de cuya compañía se separa uno siempre con pesar y sin acabar nunca de aprender. Si, como decía Manuel Díez Crespo, lo moderno es lo que está bien hecho, nada más moderno que el lenguaje y el pensamiento de don Alberto Lista y Aragón. Prueba de ello es la versión suya del célebre soneto a la Noche de su querido, a pesar de todo, Blanco White, que voy a leer para que sea con palabras suyas con las que nos despedamos esta noche.

¡Oh noche! cuando a Adán fue revelado
quién eras, y aun no vista, oyó nombrarte,
¿no temió que enlutase tu estandarte
el bello alcázar de zafir dorado?

Mas ya el celaje etéreo, blanqueado
del rayo occidental, Héspero parte:
su hueste por los cielos se reparte,
y el hombre nuevos mundos ve admirado.

¡Cuánta sombra en tus llamas ocultabas,
oh Sol! ¿quién acertara, cuando ostenta
la brizna más sutil tu luz mentida,

esos orbes sin fin que nos velabas?...
¡Oh, mortal! y ¿el sepulcro te amedrenta?
si engañó el Sol, ¿no engañará la vida?